

# SUITE FLAMENCA EN DOS MOVIMIENTOS: LA MINA DEL CANTE (MITOLOGÍA Y ÉPICA DEL CANTE DE LAS MINAS) Y LA FAMILIA PIÑANA Y LOS CANTES DE CARTAGENA-LA UNIÓN

José Sánchez Conesa

Sirva este título como pórtico a dos textos que pretenden aproximar al lector al misterio de los llamados cantes mineros que reivindica el Festival Internacional del Cante de las Minas de La Unión desde el año 1961. El primero de ellos se traza precisamente ese objetivo, bastante pretencioso por mi parte, como es intentar rastrear las causas del enorme atractivo que ejerce en todos nosotros la mina como metáfora de hondas preocupaciones existenciales. Algo que incide directamente en la curiosidad por conocer nuestros cantes y en la expectación que ejerce el citado certamen que se convoca en los primeros días de agosto.

El segundo es una breve historia del desarrollo del flamenco en la región a través de una familia cartagenera, Los Piñana. Tres generaciones de cantaores y guitarristas que enlazan los primigenios sonidos del siglo XIX con la vanguardia actual en la que experimentan con otras músicas y músicos del mundo. Carlos y Curro Piñana han añadido en el siglo XXI nuevos sonidos al patrimonio musical de los cantes de Cartagena-La Unión. Recientemente actuaban con Azarbe, grupo de folk murciano, fusionando ambas tradiciones, por otro lado tan interrelacionadas como veremos.



Casa del Piñón, propietario minero. Sede hoy del Ayuntamiento.

Un libro de Pedro Fernández Riquelme titulado “Los orígenes del cante de las minas” (2008) señala la influencia de los cantes de labor como la “madrugá” o también llamada malagueña de la madrugada que se cantaba en muchos lugares de nuestra comunidad, los cantes de trilla, siega, o las briosas malagueñas que bailaban nuestros abuelos. Hoy día las conservan los distin-

tos grupos folklóricos de la región: peñas huertanas, cuadrillas, coros y danzas y las versiones modernizadoras de los grupos de folk como Manuel Luna, Cuadrilla Mediterránea, Taray o el citado Azarbe. Estas expresiones musicales del pueblo destilaron en los cantes jondos que hoy conocemos, y que son, como hemos escrito ya en otras páginas, “pausados, dolientes, ricos en intensidad melismática y barroquismo musical”. Proceso protagonizado por los primeros artistas flamencos profesionales que actuaban en los cafés cantantes desde la década de los 70, y que desde Cartagena y La Unión se extenderán a puntos distantes de toda la región. Incluso el emblemático teatro Romea o los baños de Archena acogerán espectáculos flamencos a finales del XIX. A los andaluces, sobre todo almerienses, que desde sus pueblos vinieron a ganarse el jornal en las minas de nuestra sierra, debemos el conocimiento de “aflamencamiento” del folklore popular. Pero ni mucho menos los cantes mineros son producto en exclusiva de los foráneos, insistimos que fue un mestizaje porque nuestras músicas de raíz sirvieron de base musical para aquella transformación. Así una grabación que realicé a un anciano llamado Luciano del cante de la trilla en Roldán, pedanía de Torre-Pacheco, muy cerca de donde se celebra el Festival de Cante Flamenco de Lo Ferro, contiene ecos que recuerdan el cante flamenco de la cartagenera. Lo mismo ocurre con otro cante de trilla que grabaron los Coros y Danzas de Lorca.

Mucho de todo esto debemos a profesores universitarios de Música como José Francisco Ortega Castejón. Por otra parte, hemos de alegrarnos de la existencia en Murcia de investigadores, estudiosos y divulgadores del flamenco como el decano Andrés Salom, Génesis García, Antonio Parra, José Gelardo, José Martínez Hernández, Carmen Conde, Juan

Ruipérez, Francisco Paredes o Francisco Flores Arroyuelo, primer presidente de la Asociación Flamenca de la Universidad de Murcia.

## LA MINA DEL CANTE

### Mitología y épica del cante de las minas

¿Cuál es el secreto del cante de las minas? ¿Qué tiene el festival de La Unión que no tengan otros? Son preguntas que me las vengo haciendo desde hace algunos años al contemplar el misterio del que participan estos estilos y el asombroso prestigio del certamen que los reivindica. Algo que nunca termina uno de explicárselo muy bien.



Mercado de La Unión, hoy sede del Festival de cante.

Creo que el secreto está en la mina con su épica de picos y barrenos, castilletes y malacates, explosiones mutilantes, sangre y muerte. Aunque no todo eran pesares, había tiempo para los devaneos amorosos: “Tengo una novia en Portmán/ y otra tengo en Herrerías: / con aquella me anochece, / con ésta me sale el día”. El coplerío la ensancha con el retablo de una época poblada por arrieros atrevidos y faltones, tartaneros orgullosos, mineros bravíos a golpes de marro. Ella afilando su guadaña y en la lejanía el bullebulle de ventorrillos y cafés de cante en una escenografía de pequeño oeste español que retrató en viñetas la pluma pincel de Asensio. Un mundo de esplendores pasados que nos fascina por desaparecido pero que, por mediación del arte flamenco y su toque de resurrección, recuperamos a nuestros antepasados muertos. Por ello escribía mi amigo Anselmo Sánchez Ferra que quizá amamos y admiramos estas cosas porque han ganado la partida a los enemigos esenciales de la conciencia humana-el olvido y la muerte-, y en ello rendimos homenaje a nuestra propia voluntad de perdurar. Un planeta de esplendores pasados y de penas antiguas del que nos han quedado algunos castilletes como dinosaurios que duermen un dulce sueño y el metal más hermoso de

la sierra: el cante que nos redime y su poesía. Otra extrañeza de éste aficionado es que aún se sigan cantando esas letras cuando las bases materiales que las fraguaron ya no son radicalmente las mismas. Lírica arqueológica de unos modos de vida del ayer. ¿Por cuánto tiempo se seguirán cantando? Razón le sobraba a Pencho Cros, héroe junto a Eleuterio Andreu, de esta particular mitología por minero, cantaor y unionense: “El festival es la única mina que va a quedar abierta”. Lo sentenciaba solemne con su voz oscura y resonante de pozo minero.

El trovo le puso a las tarantas, cartagenas y mineras versos con aspiraciones filosóficas y sociológicas, la dimensión colectiva de la protesta social, una rigurosa sintaxis y un léxico preciso, rasgos que distinguen a estos cantes del resto de lírica flamenca.

Pero el cante de los mineros viene de un horizonte campesino de era y trilla, malagueña de la madrugá y brioso fandango bailado con postizas, llevando impreso unos marcadores identitarios de gran calado antropológico como son la identidad local de La Unión y por ampliación, en mancha de aceite, de la comarca y aún de la región: “Yo vivo en Santa Lucía, /lo mejor de Cartagena...” La identidad profesional o el orgullo de ser minero: “Porque tiro la barrena/ me llaman el barrenero/ siendo yo el mejor minero/ que sale de Cartagena”. La identidad de clase social, la lucha de clases en el cante o la búsqueda del paraíso en la tierra: “Minero, ¿pa que trabajas/ si pa tí no es el producto?/ pa el patrón son las alhajas, / pa tu familia el luto/ y pa ti la mortaja”. Este asunto de las identidades de nuestros cantes ha sido muy bien abordado por la antropóloga sevillana Cristina Cruces. Éstos comparten con el resto de los estilos flamencos la metafísica lorquiana del duende como signo de presencia de la muerte, así el Viernes Santo, el toreo y el cante jondo son las máximas expresiones artísticas de la muerte en el sur de España, según el poeta granadino. Se le llama jondo porque “es hondo, verdaderamente hondo, más que todos los pozos y todos los mares que rodean el mundo...” Concepto

este último que nos remite a la profundidad expresiva y a la radicalidad de la experiencia que representa. La hondura de la mina como metáfora de la tumba húmeda y definitiva, el pozo del gran silencio en la gran pirámide que constituye toda la sierra minera. Contrapunto del Cielo, desde el Paleolítico relacionado con el concepto de la inmensidad divina, la excelsa superioridad, la eternidad triunfante. O de la exuberancia vegetal del Paraíso Terrenal.

El flamenco se asoma con temblor a las últimas preguntas y posee ese aire de liturgia que remite a una religión de sustitución con su panteón de dioses a los que se invoca con recogimiento: ¡Vamos a acordarnos de El Rojo el Alpargatero! Unos humanos que en la gloria del cante disputan la inmortalidad a los viejos dioses: Silverio, don Antonio Chacón, Manuel Torre, Pastora Pavón, Caracol, Marchena, Mairena, Camarón, Valderrama y Enrique Morente. Una religión que estalla en el éxtasis arrebatado del baile y que posee una teología que pretende exhortizar el desamparo del hombre sobre la tierra, las injusticias, evitando que se junte la pena con el dolor: "Y por eso el minero canta,/por un sol de oro limpio./ Canta el pobre, la pena canta,/ no canta el rico./ Y así es como canta el hombre,/por su niño antiguo,/ y la boca, sin pan y sin besos/ y el cielo vacío. Sólo de lo negado canta el hombre, / sólo de lo perdido..." Y La Unión cuenta con dos templos excepcionales para el sacrificio liberador de una espiritualidad laica que consuela pero que abre el azogue de los espejos. Uno es el antiguo mercado conocido como la Catedral del cante, denominación eclesial de la máxima alcornia, y la mina Agrupa Vicenta.

La mina evoca historias de dioses y héroes que descendían a los infiernos cruzando laberintos y derrotando monstruos para enfrentarse con nuestros peores temores, porque quizá nuestra salvación esté en plantar cara al destino, amar lo que nos toca vivir superando el miedo a la muerte como hizo el propio Jesús cuando bajó a esa oscura región, con la soledad de un minero, antes de ascender a los cielos.

## LA FAMILIA PIÑANA Y LOS CANTES DE CARTAGENA-LA UNIÓN

**Antonio Piñana Segado, el patriarca**  
**Inicios en la Cartagena de las tabernas y los concursos.**



Antonio Piñana, padre.

Que duda cabe que la saga cantaora de los Piñana constituye un buen ejemplo de la transmisión del flamenco por vía familiar, característica ligada a los gitanos casi en exclusividad. El abuelo **Antonio Piñana Segado**, el maestro Piñana, nació en 1913 en la calle cartagenera del Ángel. Falleció en 1989.

Advertimos, en breve inciso, que de aquí a dos años se cumplirá el centenario de su nacimiento, buena ocasión para dar a conocer su legado artístico. Ya su abuelo cantaba y tocaba la guitarra, al igual que su padre, capitán de Infantería de Marina. Por ello no es de extrañar que con dieciséis años subiera por primera vez a un escenario, frecuentando los ambientes flamencos de Cartagena junto a su amigo Manolo Peralta, destacando las tabernas de Quitapellejos o barrio de la Concepción, San Antón y Santa Lucía, y dentro de este barrio de pescadores el bar la Isla con buenos cantaores como Tomás El Antiguo, Pepe El Mendo o Valentín El Cano. En el café del Tranvía escuchaba entre otros muchos a Fanegas, Antonio Ayala El Rampa (abuelo del actual), Patricio Alarcón, Guerrita, El Porcelana y entre los guitarristas a Pepe Grau, uno de los hijos del Rojo El Alpargatero. Toda esta amplia nómina de artistas toman parte en los concursos de cante que se sucederán en Cartagena, La Unión o Murcia, siguiendo la estela del célebre Concurso de Granada de 1922, que organizaron entre otros intelectuales Manuel de Falla, García Lorca o Andrés Segovia para reivindicar la pureza jonda. El primero de todos ellos tendrá lugar en la cerca de Spotorno en Santa Lucía, un diez de agosto de 1924, ganando El Rampa. Unos días después, 30 y 31 del mismo mes, la Cofradía

California organiza un segundo concurso para financiar sus procesiones, será esta vez en la plaza de España.

El joven Piñana, cantaor, guitarrista y rapsoda ofrecerá su arte junto a otros aficionados por barrios de la ciudad y pueblos de la comarca. Aprovecha las largas estancias que durante la guerra civil pasan en Cartagena y Murcia grandes figuras del flamenco como Pepe Marchena, Canalejas de Puerto Real, Niño de la Huerta o El Sevillano para así entablar amistad con ellos. Marchena, ídolo de masas que con su compañía llenaba las plazas de toros de España, gustaba de escuchar a sus amigos cartageneros en la interpretación de los cantes de la tierra, siendo él mismo cultivador de la cartagenera, y recreador heterodoxo de la taranta, al dotarla de un barroquismo personal con que ha llegado hasta nuestros días. No cabe duda que ha sido el cantaor que ha ejercido más influencia en la afición comarcal durante los años de la llamada Opera flamenca. Piñana y él se llamaban "hermanicos".

En 1948 intentó triunfar en el afamado colmao Villa Rosa de Madrid, conociendo a otras figuras, cantando en la radio durante un año y saliendo a provincias con diversos espectáculos. Pero su actividad volvió a ceñirse al ámbito comarcal.

### El encuentro con Antonio Grau, el hijo del Rojo.

Sin embargo el acontecimiento trascendental de su carrera llegaría al producirse el encuentro con Antonio Grau Dauset, el hijo del Rojo El Alpargatero (Málaga 1885- Madrid 1968). Se conocen durante la Semana Santa de 1952 porque Grau deseaba enseñar los cantes perdidos de su padre, Antonio Grau Mora (Callosa de Segura 1848-La Unión 1907). Estilos no sólo creados por El Rojo sino por todo el grupo de cantaores de aquella época primigenia como fueron La Peñaranda, Chilares, El Morato, Perico Sopas, un tiempo creativo en el que se fraguan en los numerosos cafés cantantes, ventorrillos y posadas de La Unión y Cartagena los dieciséis cantes: tarantas, tarantillas, levantica, cartageneras, malagueña del trovo, fandango y verdial minero, sanan-



Antonio Grau, padre.

### Los festivales y el reconocimiento de la flamencología.

Cuando el ayuntamiento de La Unión, presidido por el gran aficionado Estaban Bernal, convoca por primera vez en 1961 el Festival del Cante de las Minas Piñana ganó con tres cantes: minera o tarantilla, taranta y cartagenera. No será el único galardón que obtenga Piñana como premio a su labor de rescate y difusión de tan importante patrimonio cultural. Así la Cátedra de Flamencología de Jerez de la Frontera le concedió en 1968 el Premio Nacional de Cante en la modalidad de enseñanza.



Antoni Grau, hijo.

tonera, etc. A modo de inciso, añadimos un dato de interés que debemos al investigador José Gelardo. Este flamencólogo ha hallado en la prensa de la época la primera noticia referida a un café cantante en la región. Se trata del inaugurado el seis de abril de 1872 en la cartagenera plaza del Rey, propiedad del un tal sr. Carrasco.

El cantaor cartagenero realizó labores de asesoramiento en el festival unionense junto a Grau Dauset, y preparó a cantantes de todas latitudes para la disputa de la preciosa Lámpara Minera. En 1964 lo encontramos animando la creación del I Concurso de Cante por Cartageneras celebrado en la plaza de toros de la ciudad departamental el 27 de mayo, siendo alcalde Federico Trillo. Aquella noche actuó como pregonero y miembro del jurado el flamencólogo madrileño José Blas Vega, uno de los mejores investigadores de este arte, gran

conocedor de nuestros cantes y de la obra piñanera. Compitieron artistas veteranos y consagrados como Jacinto Almacén, Canalejas o Enrique Orozco, además de los locales. Al año siguiente se vuelve a celebrar con la participación del que sería el triunfador, Bernardo el de los Lobitos y un jovencísimo granadino llamado Enrique Morente, que aunque no gana entusiasma a Marchena, artista invitado, quien le propone ingresar en su compañía para convertirse en profesional.

Como vemos el gran mérito de Piñana Segado es su labor de rescate y divulgación de dieciséis estilos diferentes de cantes que vinieron del siglo XIX, atravesando las estepas del olvido, en la voz del hijo del Rojo El Alpargatero. Esto le hizo volcarse en la labor pedagógica, ganándose la amistad y el reconocimiento de grandes como Antonio Mairena, Juan Varea o Fosforito, lo que quedó patente en varios homenajes como el que tuvo lugar en la barriada de José María Lapuerta, un dos de junio de 1972, contando aquella gala con la presencia sobre el escenario de Juanito Valderrama, Pepe el de la Matrona o Gabriel Moreno.

A veces se pasa por alto la faceta de Piñana Segado como cantaor del trovo, afición que le inculcó su abuelo, llegando a conocer al gran José María Marín, el rey del trovo, en el año 1929, cantándole alguna que otra quintilla. Pero será en los años cincuenta cuando, junto a los repentistas Ángel Roca, Cantares, Picardías y Ballesta, pisará muchos escenarios troveros. Cuando en febrero de 1976 tiene lugar en Cartagena el I Simposio Nacional del Trovo presenta una comunicación sobre el cante del trovo y su trayectoria. Años más tarde junto a Juan Ruipérez Vera, su amigo y heredero intelectual, y la escritora y académica Carmen Conde impulsan la constitución de la Cátedra de Flamenco de la Universidad Popular de Cartagena en 1982. Destacamos la gran respuesta popular que obtuvo el curso, de una semana de duración, que preparó la Cátedra sobre nuestros estilos con participación entre otros de Blas Vega, Juan de Dios Ramírez Heredia, Pascual García Mateos, Génesis García y Ginés Jorquera.



Antonio Piñana, hijo.

### Antonio Piñana Calderón, el hijo

Piñana junto a su hijo el guitarrista **Antonio Piñana Calderón** (Cartagena, 1940) graba una original obra discográfica para inmortalizar el legado de unos palos caracterizados por los medios tonos, tan difíciles de ejecutar a juicio de los artistas andaluces. El hijo iba para cantaor pero al perder la voz a los catorce años su padre lo orientó a la guitarra, siendo su profesor. Once discos imprimieron para las discográficas: La voz de su amo, Belter, Hispavox, Polydor y Columbia. También actuaron en varios programas de Televisión Española como *Luces en la Noche*, *Galas del Sábado*, *Rito y Geografía del cante*, etc.

Andrés Salom ha comentado en alguna ocasión la opinión de Paco de Lucía: "Para tocar por Levante, Antonio Piñana". No muy diferente de la manifestada por Manolo Sanlúcar. Al igual que su progenitor prueba fortuna en la capital española, formando parte del espectáculo de uno de los mejores tablaos: Torres Bermejas, entre los años 1969 y 1972, junto a Camarón de la Isla, El Turronero o el guitarrista Paco Cepero. Fue guitarrista oficial en las primeras ediciones de los festivales de La Unión y de Lo Ferro y junto al alumno más aventajado de su padre, Manolo Romero, formó un tandem artístico excepcional. Ha actuado y en algunos casos grabado junto a Luis de Córdoba, Chano Lobato, Sordera de Jerez, Pericón de Cádiz o acompañado el baile de Matilde Coral o Milagros Mengíbar. Sus compromisos artísticos le han llevado a varios países europeos y a Marruecos. Se dedica desde hace muchos años a

la docencia de la guitarra y del cante, llegando a contar entre sus alumnos a un japonés llamado Michio. Desde el año 2007 la desarrolla desde las aulas de la Universidad Popular cartagenera, junto al cantaor Antonio Ayala El Rampa, nieto del célebre Rampa, uno de los mejores cantaores cartageneros de su tiempo.

### Los nietos flamencos. La continuidad de la saga

Tres han sido los hijos de Antonio que han seguido el camino del flamenco, los guitarristas **Pepe** y **Carlos** y el cantaor **Curro Piñana**.

Pasaron muchos años de silencio hasta que en 1993 retornó de nuevo el Concurso de Cartageneras bajo los auspicios del Ayuntamiento cartagenero y de la Peña Flamenca y Trovera "Antonio Piñana", ganando precisamente el Aladroque de Oro el nieto del patriarca de los cantes mineros, Curro Piñana, con la guitarra de su hermano Pepe. Pero tan solo se organizarán dos ediciones más de este certamen para volver al letargo. Mejor suerte debiera gozar este evento, aunque confiamos en el empeño fecundo de los buenos aficionados y de las autoridades culturales.



Curro Piñana.

hecho además en Marruecos, Jordania, Egipto o Japón. Ha grabado cinco discos y participado en otros tantos recopilatorios. Licenciado en psicología, es profesor de acompañamiento flamenco del Conserva-

**Curro Piñana Conesa** (Cartagena, 1974). En 1992 se alzó con el Melón de Oro de Lo Ferro y en 1998 con la Lámpara Minera, al igual que hiciera su abuelo treinta y siete años antes. Pocos países europeos le quedan a Curro en los que actuar, habiéndolo



Carlos Piñana.

torio Superior de Murcia, preparando en la actualidad una grabación llamada a ser histórica porque en ella interpreta los estilos que rescatara su abuelo pero buscando la reelaboración personal. El arte flamenco nunca ha dejado de evolucionar buscando nuevas formas expresivas desde el respeto a la tradición y a veces trasgrediéndola.

**Carlos Piñana Conesa** (Cartagena, 1976) Obtuvo el Bordón Minero del Festival de La Unión en 1996, y ha grabado seis discos como solista, destacando en sus colaboraciones con Estrella Morente, Juan Manuel Cañizares, la Orquesta Andalusí de Fez, la Filarmónica de Lublin (Polonia), Sinfónica de la Región de Murcia, o con músicos del Tibet, Pakistán o Egipto. Carlos es un ejemplo de joven flamenco que dialoga con otras músicas del mundo, cosechando el éxito en lugares como Nueva York, París, Londres, Teherán, Moscú, Tokio o México. Se dedica también a la docencia, ocupando la Cátedra de Guitarra Flamenca del Conservatorio Superior de Murcia.

Curro y Carlos, Carlos y Curro están llamados a continuar y acrecentar la labor misionera del abuelo, dando renovado lustre a unos sonidos de finales del XIX, pero desde la sensibilidad de unos jóvenes del siglo XXI. Ciento cincuenta años de tradición flamenca los contemplan.